



LOS
IN-
SOSPECHABLES

EL FALSO CUADERNO DE NARCISO ESPEJO

vanilla planifolia

PARABOLAVANILLA
SOLUCIONES DEL LA
VC
A LA VANILLA



LOS
IN-
SOSPECHABLES

DIRECCIÓN LITERARIA
Philippe Ollé-Laprune

DIRECCIÓN EDITORIAL
Rodrigo Fernández de Gortari

COORDINACIÓN EDITORIAL
Luis Ernesto Nava Buenfil

DISEÑO DE PORTADA E INTERIORES
Tres laboratorio visual
Jorge Brozon | Rafael Rodríguez

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL
El falso cuaderno de Narciso Espejo, 1954
© UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Guillermo Meneses
© Lyda Aponte de Zacklin, 2012

D.R. © Vanilla Planifolia, S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-95650-5-3

www.vanillaplanifolia.com | info@vanillaplanifolia.net

Se autoriza reproducir, transmitir, comunicar o almacenar el contenido de esta publicación, siempre y cuando se cite la fuente de la que se obtuvo.

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

EL FALSO CUADERNO DE NARCISO ESPEJO

GUILLERMO MENESES

ÍNDICE

PRIMERA PARTE	II
<hr/>	
EXPEDIENTE DEL CUADERNO Y DEL RECUERDO	
DOCUMENTO A	13
EXPLICACIÓN DE JUAN RUIZ	
DOCUMENTO B	19
EXPLICACIÓN DE NARCISO	
LEYENDA DE NARCISO	23
DOCUMENTO C	27
EL CUADERNO APÓCRIFO	
TEORÍA DE LOS ESPEJOS	
LA OTRA CIUDAD	31
DRAMATIZACIÓN DE LA CIUDAD DE DIOS	35
LA PRESENCIA DEL PECADO	39
LA LUCHA CONTRA EL PECADO	43
CAÍDA DE LA CIUDAD DE DIOS	47
APARICIÓN DEL TIRANO	53
LOS EJIDOS DEL ALMA	57
LA FIGURA DEL PADRE	67
LA CASA DE LA ADOLESCENCIA	73
EL ACTO DE LA FERIA	77
EL COMPAÑERO JUAN RUIZ	85

LOS ACTOS DE LA CAPILLA	93
EL ACTO DE LA HOSTIA	99
EL ACTO DEL BURDEL	103
LA MUERTE DE LA MADRE	107
EL ACTO DE LA PROTESTA	111
EL GESTO DE LA MEDALLA	115
SEGUNDA PARTE	117
<hr/>	
LEGAJO DE LA NUBE Y DEL SUICIDIO	
DOCUMENTO D	119
PRIMER REPORTAJE SOBRE LA NUBE AMARILLA	
DOCUMENTO E	129
SEGUNDO REPORTAJE SOBRE LA NUBE AMARILLA	
DOCUMENTO F	133
INFORMACIÓN SOBRE JOSÉ VARGAS Y LA PENSIÓN DE DOÑA ROSITA	
DOCUMENTO G	139
LA ENTREVISTA DE JOSÉ VARGAS Y JUAN RUIZ	
DOCUMENTO H	143
VISITA DOMICILIARIA A LA PENSIÓN DE DOÑA ROSITA	
DOCUMENTO I	147
DECLARACIÓN INDAGATORIA DE NARCISO ESPEJO	
TACHADO DEL DOCUMENTO C	161
CRÍTICA DEL CUADERNO APÓCRIFO	
GUILLERMO MENESES	173
<hr/>	
POR LYDA APONTE DE ZACKLIN	

PRIMERA PARTE
EXPEDIENTE DEL CUADERNO Y DEL RECUERDO

DOCUMENTO A

EXPLICACIÓN DE JUAN RUIZ

INTENTO EXPLICAR EL PORQUÉ DE ESTE TRABAJO; DECIR LA razón que me guió para inventar las falsas memorias de Narciso Espejo. No en balde he dedicado tanto tiempo a esta tarea y considerado como algo más que un juego literario la decisión de dibujar la vida de Narciso, compañero habitual durante unos cuantos años de existencia.

Comienzo por explicarme a mí mismo. Lo creo de absoluta necesidad, porque poco puede valer el testimonio si se desconoce al testigo. No se entienda con ello que pretendo que el “Cuaderno de Narciso Espejo” es importante por lo que de mí lleva. Mi intención es la de darme a conocer antes de comenzar a transcribir los datos relativos a Narciso, a fin de que mi testimonio sea apreciado en su valor exacto, dadas las características de quien lo rinde.

Para ningún juez vale igual el dicho de un hombre airado, la temblorosa confesión de un niño aterrorizado o el sereno discurso de un ciudadano respetable. El juez ha de pensar que las palabras del primero expresan la realidad desfigurada por las neblinas de la cólera y que la versión infantil tendrá esa delicada imprecisión propia del juicio extravagante de un muchacho temeroso que suele dar importancia a muy pequeños detalles mientras olvida acontecimientos que aparecerán como parte esencial en la exposición del adulto sereno y consciente.

Así, como quiera que voy a rendir declaración sobre la vida de Narciso Espejo, creo necesario dar sobre mí relación previa que sirva de punto de referencia para evaluar mi propio testimonio.

Es posible que todos estos párrafos sean considerados por el lector como inútiles, ya que es sensato suponer que mi juicio sobre mí estará siempre falseado por evidentes consideraciones

de amor propio. Quien así piense buenas razones tiene, ya que la condición del amor propio no falta en caso humano alguno. A pesar de ello, trataré de decir las cosas con la más rigurosa exactitud, sin traer a mis frases matiz de excusa, intento de juicio personal que pudiera influir en la simple enumeración de los hechos que, en su conjunto, dan aviso sobre mi personalidad.

Soy, en cierta manera, escritor. Digo en cierta manera, porque no es la literatura actividad de la cual derive mis medios de subsistencia; ni siquiera he logrado esa aldeana seguridad que produce la pequeña gloria formada por las favorables opiniones de la ciudad donde hemos nacido. Dentro de un pequeño grupo, mis trabajos literarios son considerados con benevolencia (Narciso Espejo los estima como valiosos) pero publico muy de tarde en tarde y sólo mínimos comentarios y crónicas líricas —alguna vez una leyenda o pequeño relato— lo cual ha dado lugar para que un virulento periodista haya dicho que soy “más estético que estético”. (Esteta quería decir el vulgar chupatintas).

Este “Cuaderno de Narciso Espejo” —encabezado por el exordio o explicación que ahora escribo— es la única tarea de largo aliento a la que me haya dedicado. Mis actividades de secretario en el almacén de Pérez Ponte supone escasos ratos de ocio, a pesar de que son consideradas por mi patrón como generosa canonjía concedida por razones de amistad. Añado que no es muy grande la soldada, aunque da para mis gastos, escasos gastos de solterón.

He aquí un dato relativo a mi persona que es imprescindible tomar en cuenta: soy solterón y seguramente cerraré los ojos en el gesto de aceptación de la muerte sin que mujer alguna acompañe el instante final. He pasado ya la cuarentena y, desde hace tiempo, miro a las mujeres como animales cuyos adornos, palabras y costumbres me producen curiosa hilaridad o como sitios donde se abandona alguna noche la inquietud que el sexo procura.

Dejando a un lado estas consideraciones, puedo decir, escuetamente, que soy un solterón. Un hombre que, ante las mujeres, adopta enseguida la actitud de lejanía y timidez que permite que ellas me consideren desprovisto de interés, desde

el punto de vista de la coquetería, aunque digno de una sana amistad y, en el peor de los casos, capaz de recibir confidencias y de conversar sobre problemas literarios a los cuales puede enredarse, en determinado momento, una serie de alusiones a sucesos personales, familiares, íntimos.

Soy solterón y —en cierta manera— escritor.

Mis conocimientos son, al mismo tiempo, escasos y prolijos. Sobre algunas materias, tengo conceptos e ideas precisos; de otras, desconozco hasta el significado. Confieso, por ejemplo, mi ignorancia sobre la palabra logopedia. Hombre formado sin disciplina de estudios, mi máquina razonadora ha sido organizada de acuerdo con lecturas apresuradas e insuficientes.

Vengo de un mundo árido y procaz, donde la idea de Dios estaba mezclada al precio de las velas que se quemaban en la iglesia del pueblo. Podría decir que, para mí, la túnica de Cristo estaba manchada por sucios goterones de esperma. Las palabras hechas para designar en la mayoría de las bocas conceptos teóricos de absoluta pureza, son, en cambio, en mi razonar, relaciones de grave mugre humana.

Decir que mi tío —Monseñor Ruiz— es el responsable de esa trágica mezcolanza, sería tan injusto como suponer que las monstruosas alianzas de lo divino y de la podredumbre (en cuya marejada se movieron mi infancia y mi adolescencia y contra las cuales se alzó mi juventud) corresponde a innata propensión de mi naturaleza.

Lamentable constatación la de que aquel ambiente influyó sobre mi mente de tan poderosa manera que ha conservado en mi recuerdo el misterioso encanto de las zonas peligrosas hacia las cuales tiendo irrevocablemente. A lo largo de mi vida he pretendido de continuo negar cualquier posible lazo con aquellos sombríos rincones de mi infancia. He negado la imagen de Dios manchada de humanas apetencias igual que he negado el místico ímpetu de ascensión hacia lo divino apoyado en podrida materia. Temo frecuentemente que fango y misticismo continúan acompañándome.

Mi interés por la persona de Narciso Espejo está basado en que Narciso posee muchas experiencias parecidas a las que

dirigieron mis pasos de niño y de joven, aunque los resultados hayan sido muy diferentes en su vida y en la mía.

Narciso es un hombre sereno; su existencia, la de quien tiene junto a sí lo que le agrada; su trabajo, apreciado siempre con justiciera estimación. Un hombre para quien los goces de la vida son presa que se defiende gozosamente, después de haberla obtenido con audacia y decisión. Su esposa es bella, fina, de grata conversación que le ilumina el rostro de simpatía e inteligencia; sus hijos son hermosos, robustos, cariñosos, de buena disposición para el estudio.

Narciso representa lo que yo hubiera podido ser si, en determinadas circunstancias, hubiera actuado de manera normal y no como embelesado individuo que espera que la vida venga a ponerle entre las manos sus frutos.

(En esto me parezco a otro amigo —José Vargas—contra el cual, además, guardo definidos rencores, por actos que no tengo por qué relatar aquí).

Narciso y yo estuvimos juntos en algunos acontecimientos que ambos creímos importantes en determinado momento. Una serie de hechos llevó a realidad Narciso sobre los cuales puedo dar fe, ya porque los realicé junto con él, ya porque me llamó a que los conociese, ya porque me los contó en una y otra oportunidad con detallada minuciosidad. Estos actos constituyen —en su conjunto—la lucha de Narciso contra sus fantasmas, la que lo llevó a obtener el luminoso espejo de sí mismo que es hoy su mujer, a quien yo he llamado “la luminosa” porque su carne parece iluminada de lumbre interior.

Esa mujer ha podido ser mi mujer, como cada uno de los actos de Narciso ha podido ser mío, ya que todos estuvieron dentro de las posibilidades de una vida tan semejante a la mía.

La verdad es que, aun cuando fabriqué las mismas acciones que él, los resultados fueron totalmente contrarios, aunque las bases, razones y voluntades fuesen aparentemente idénticas. Me explico: he pensado muchas veces que debería actuar conforme lo ha hecho Narciso; otras veces lo he acompañado como cómplice, como testigo. Nunca hemos obtenido parejas consecuencias. Para él, ha habido siempre un desarrollo de

acontecimientos armonioso, agradable, sensualmente finalizado en la grata sensación de reposo que corresponde al cumplimiento de un hecho simple y normal. En mí, al contrario, cada paso ha estado marcado por el peso de la angustia, por un reseco gusto de ceniza, por una tristeza de suicidio.

Una vez en mi vida intenté bailar con una mujer cuyo nombre es aún la forma de mi deseo. Al hacer los primeros pasos, mis piernas se enredaron a las de ella con tan torpe violencia que Lola cayó sentada sobre un pote de heleichos que limitaba el terreno de la danza. Nunca le he hablado de mi pasión. Frente a ella, jamás he podido sentir nada parecido a lo que llaman amor. Sólo cuando no está presente su imagen sintetiza pasión y amor.

Solterón, escritor en cierta manera, comentarista de la obra ajena, los movimientos de mi razón y de mi sentimiento se corresponden en un pequeño mundo fabricado a mi medida, sin precisa relación con esa serie de apariencias a las que llaman realidad.

Los años han pasado sobre mi existencia y actividades de mi espíritu, han formado parte de acontecimientos que, en determinado momento, estrujaron mi corazón. Pasado el tiempo han resultado poco importantes esos sucesos; mucho menos valiosos que las otras aventuras del alma, forjadas con materiales de falsedad, con apasionadas exageraciones, con imágenes de alcohol.

Poco he hecho en la vida; nada, acaso. He vivido de experiencias cuidadosamente fabricadas. Tempestades las tuve, como también incendios, catástrofes, depresiva melancolía lo mismo que instantes de goce, de alegría, de optimismo; pero, si quisiera reproducir en documentos el momento que ardió de pasión, difícil me sería encontrar prueba alguna de lo que fuera actividad personal. Nada hay, sino los velos de la imaginación.

A veces pienso que, frente a mí, desde mi mesa de trabajo, las hojas del calendario han ido cambiando sus números, indicando la pacífica sucesión de los días semejantes, hechos de la misma sustancia rutinaria.

Si mi estado de ánimo correspondía a la inquietud durante unas horas; si mi corazón pudo sentirse algunos momentos como caballo tenso en su poder, dolorosamente retenido por las riendas de una voluntad dudosa de sí misma; si la alegría sonaba un dulce aire de fiesta entre las yerbas de mi pensamiento; si en las regiones que limitan mi personalidad podía encontrarse —un día u otro— la rabia, el desconsuelo, la gozosa embriaguez o la tierna melancolía, ninguno de esos movimientos tuvo relación jamás con un hecho concreto.

Es posible que, en realidad, yo haya dejado de vivir hace mucho tiempo.

Sobre tal pensamiento, escribí hace tiempo unos párrafos que no puedo dejar de consignar aquí. Digo:

“¡Que escuchen las muchachas, los amigos, la palabra que me dicta la Muerte! Cuando yo muera (y es que, creed, ya he muerto) no digáis ¡atención, que ha muerto Juan el compañero! Es que —creed— ya he muerto. Desde hace mucho tiempo es la Muerte quien dice con mis labios las palabras que escuchan los humanos; esas palabras que señalan las cosas como un dedo sonoro: esta es la rosa, esta es la nube, esta es la luz del sol. No soy (creedlo que ya he muerto) quien cuenta y determina las formas de la vida...”

Acaso por esa idea de estar muerto he pretendido recoger mis recuerdos.

Como poco he podido encontrar en mi propia experiencia, los actos de Narciso Espejo han tomado el lugar que los míos debían ocupar. Como ya he dicho que Narciso tuvo actividades semejantes a las mías, mi testimonio sobre esos sus actos es válido a pesar de que resultados tan diferentes en uno y otro caso pudieron hacer creer a cualquiera de mis posibilidades de observación y razonamiento pueden estar oscurecidas por la envidia.

No hay tal.

Tan convencido estoy de la igualdad de experiencias, que podría contar su vida como si fuese él el narrador. Podría cederle el “yo” de mi relato con la mayor naturalidad. Decirle: “Narciso, aquí tienes la pluma. Comienza...”